

sas, escribió Miguel Serrano su libro *Ni por Mar ni por Tierra*, especie de ensayo o de poema en prosa o delirio, de numerosas páginas, tantas como puede llenar un ser humano que vive sin desperdicio literario.

Cierta limpidez y pulcritud de estilo, algo como un candor interno hacen que el lector persista en la lectura de este libro abstruso, informe a ratos en su pretensión de ser una novela, que se mantiene en la periferia de la vida animada o se solaza en los objetos estáticos, mostrando a un prosista de nuevo cuño, capaz de estar solo, amo de su universo sensible y hermoso.—L. A. M.



“ANTOLOGÍA DE CARLOS PEZOA VÉLIZ”, de *Nicomedes Guzmán*

La reciente publicación de la *Antología de Carlos Pezoa Véliz* (Editorial Zig-Zag), con selección, prólogo y notas de Nicomedes Guzmán, obedece, más que a un intento de divulgación de la valiosa obra literaria de este escritor, a un generoso y plausible deseo de reivindicar su nombre del olvido y colocarlo en el lugar que le corresponde en la lírica americana.

Nicomedes Guzmán, en un extenso y documentado ensayo que precede a la obra del poeta, nos muestra a Carlos Pezoa Véliz, al que llama propiamente “escritor permanente y esencial de Chile”, en su calidad de hombre y de escritor, con una acuciosidad admirable y un espíritu de penetración y de comprensión que sólo puede obtenerse mediante la profunda asimilación de la poesía y prosa de Pezoa Véliz.

Una figura poética de las dimensiones espirituales del autor de *Nada*” y “*Tarde en el hospital*”, necesitaba de un biógrafo de la reciedumbre y penetración psicológica de Nicomedes Guzmán, quien, además de su indiscutible erudición, demostrada en sus ensayos sobre *Baldomero Lillo* y *El género del cuento*, está mucho más pró-

ximo al alma del poeta que Armando Donoso y Antonio de Undurraga, por ejemplo, que han escrito sobre Pezoa Véliz, porque ambos, Pezoa y Guzmán, arrancan del pueblo y van hacia él, hacia sus inquietudes, anhelos y sufrimientos.

Nicomedes Guzmán asegura, con mucha razón, que Carlos Pezoa Véliz no es "mito literario" sino que, por el contrario, representa en nuestra literatura de comienzos de siglo, a una de las figuras poéticas más recias y singulares, dueño de una personalidad diferenciada, que lo hizo alejarse del romanticismo dulzón de la época para penetrar en el mundo de los humildes y los desamparados, cantar sus cuitas, auscultar sus esperanzas y evidenciar las injusticias sociales.

A través del magnífico estudio de Nicomedes Guzmán, no cabe vacilar en asegurar que Carlos Pezoa Véliz fue un rebelde, un formidable escéptico, no por una simple actitud espiritual frente a la vida, sino por sus propias y amargas experiencias, que fueron minando silenciosamente su salud y quebrantando su espíritu hasta conducirlo a la creación de su sensitivo y emocionado poemita "Tarde en el hospital", síntesis de su angustia ante la proximidad de la muerte.

En esta "Antología" encontramos una acertada selección de los mejores poemas, prosas románticas y costumbristas más representativas del autor. A Pezoa Véliz le cupo la misión de ennoblecer la literatura chilena, enriqueciéndola con elementos que habían sido desestimados por los escritores anteriores a su generación y por los de su época.

El vagabundo, el peón, el organillero, el obrero pampino, el soldado, el inquilino, son vistos e incorporados a la literatura por este escritor que ha merecido el nombre de "poeta del pueblo". Tuvo una mirada de profunda simpatía y compasión por los humildes. "Era popular, porque estaba con su corazón cerca de los huraños y los tristes, junto a los labriegos y a los obreros", dijo el magnífico crítico y ensayista Domingo Melfi, al referirse a Carlos Pezoa Véliz.

Podríamos decir que para comprender al autor de “Pancho y Tomás” en sus diferentes matices y en toda su profundidad, es preciso haber sufrido, es necesario haber estado cerca del pueblo y sus dolores, de los campesinos y sus esperanzas, de los eternos “humillados y ofendidos”. Porque la literatura no es un mero ejercicio intelectual ni una gimnasia estética, sino una seria y honrada misión del artista para captar al hombre y al mundo que lo circunda, en sus diferentes dimensiones.

Muerto en abril de 1908, hace cerca de cincuenta años, Pezoa Véliz representa para nuestra literatura un hito divisorio entre una poesía lírica de románticos y ampulosos contornos y una poesía humanizada, en la que el hombre y sus dolores, sus anhelos y sus luchas no están ausentes. No quiere esto decir, naturalmente, que toda la poesía posterior sea limitada y monotonizada, si se nos permite el vocablo, a temas determinados, sino que es justo reconocer que Pezoa Véliz incorporó, como lo hemos dicho, al hombre nuestro a la poesía nacional.

“Marusiña”, “El taita de la oficina” y “El niño diablo”, nos muestran la capacidad y el agudo espíritu de observación de Pezoa Véliz para captar la psicología de los hombres de nuestro pueblo.

En “Marusiña” el protagonista es uno de esos tipos que solemos encontrar, de cuando en cuando, a lo largo de la vida, poseídos por un inevitable impulso de ser serviciales, agradables, generosos hasta la exageración. El caso de “Marusiña” es exacto y típico en ciertos individuos. No hay exageración. Tuve un compañero de oficina —hace muchos años— que padecía de esa excesiva generosidad, de ese desprendimiento patológico. Cuando bebía algunas copas, compraba toda la mercancía que podía a los vendedores ambulantes que encontraba en su camino.

—¡Pobres! —murmuraba compadecido—. ¡Nadie les compra nada! —y se quedaba sin dinero hasta el próximo pago, en que se repetía la escena con ligeras variaciones.

“El taita de la oficina” nos muestra con certeras pinceladas a uno de nuestros rotos pampinos, que han conquistado respeto y defe-

rencias de sus compañeros y patrones a fuerza de audacia, franqueza y dignidad. Hay un diálogo, en este cuento o narración literaria, que revela, con sobria maestría, el alma de nuestro roto:

“Recuerda él los tiempos en que bajaba de la pampa con los amigos:

“—¿Onde vai, hombre?

“—Pa Taltal, pues.

“Lo decía ruidosamente, con aquella facha del que lleva trescientos o más pesos “para darse gusto”.

“No era lo mismo cuando volvía al trabajo, “en la mala” ya: sin amigos ni dinero.

“—¿De ónde venís ahora?

“—De Taltal, hermanito...”

Eso es todo, pero suficiente. No es preciso alargarse más. No hay quejas vanas ni remordimientos tardíos por el dinero perdido en grandes borracheras. Así es el alma de nuestro roto. Pezoa Véliz lo conocía bien.

“El niño diablo” es otro personaje de nuestro pueblo que adquiere categoría literaria y humana, al pasar por la criba creadora de este “poeta nacional”, al que nosotros llamaríamos simplemente “poeta de la vida”, porque si bien es cierto que los protagonistas de sus narraciones son chilenísimos no es menos verdad que sus caracteres y reacciones son universales.

Es interesante observar que escasean las fotografías de Pezoa Véliz, como es muy raro encontrar alguna de Baldomero Lillo. Para conocerlo, creo que basta con el retrato escrito, trazado de mano maestra por Leonardo Pena, insertado en la página 10 de la “Antología” que comentamos:

“Enjuto, huraño, el cabello rebelde, la cara tallada con rudeza, los ojos de un azul acerado, la boca contraída en un gesto de amargura burlona, las manos finas, las uñas toscas, las maneras recias, el andar sin elegancia y el ingenio mordaz, impaciente y sarcástico: tal era Pezoa”.

Poco nos habla Nicomedes Guzmán, en su documentado y

magnífico ensayo, sobre los últimos meses de vida del infortunado poeta, que arrastró su cuerpo mutilado por el terremoto de 1906 y aniquilado por la tuberculosis, de hospital en hospital, hasta que alcanzó la paz definitiva, que nunca tuvo en vida, una tibia mañana de abril de 1908.

La "Antología" que comentamos, tanto por su valor literario como por su importancia para reivindicar el nombre de Carlos Pezoa Véliz en las letras chilenas, cincuenta años después de su muerte, es un libro destinado a tener varias y sucesivas ediciones. Aún más, es un libro que deben leer todos los chilenos amantes y respetuosos del arte. Su publicación es un acierto de la Editorial Zig-Zag y de Nicomedes Guzmán, que acometió su labor con cariño y admiración, condiciones indispensables para aproximarse al alma de un poeta a través de su obra.—*Gonzalo Drago.*



"CORONACIÓN", novela, de *José Donoso*. Edit. Nascimento. Santiago, 1957

Algunos comentaristas han visto en esta novela recién publicada, un avance en la literatura psicológica. Acaso no lo sea para bien de la obra. De la introspección fina, grácil, fluida, al psicologismo, hay sólo un paso, como también ocurre con el ejercicio de la abstracción, susceptible de convertirse en artesanía. La afirmación vale para cierta obra poética.

José Donoso, escritor joven, con un solo libro a su haber, se encauza en la novela costumbrista chilena, cuyos mejores logros habría que ubicar en *El loco Estero*, de Blest Gana, o en *Casa Grande*, de Luis Orrego Luco. Más que psicologismo, Donoso ha realizado un naturalismo estilizado, con hallazgos de percepción, con cierto lirismo de estricto buen gusto, que sublima las escenas más caricaturescas y crueles y las interjecciones de subido color.

Pero a pesar de este naturalismo, Donoso no incurre en la poética vagarosa de que está nutrida alguna prosa nacional de raíz